

Crisantemos para Ana Mari

José Francisco Hidalgo Gago

# Crisantemos para Ana Mari

septem   
ediciones

## u n o

Las sombras se adueñaron de la ciudad como un gigantesco murciélago que posara sus alas sobre ella. Las calles quedaron desiertas. Los escaparates, los anuncios... perdieron su luz como mil resplandores más que se fueron con el día.

El silencio va apoderándose de aquel ambiente espeso de verano y envuelve los edificios cual un pesado manto, oscuro y enervante.

Las ventanas proyectan su mortecina claridad. La postrera llama que el día agonizante se resiste a perder. Sus reflejos se estampan contra las casas vecinas o se pierden contra el pavimento; igual que fantasmas huyendo entre la oscuridad. Los últimos sonidos; leves ruidos, puertas que se cierran con suavidad; el chasquido de un interruptor que se acciona. Una persiana que se baja... desaparecen y se suman en el olvido de la noche que se aproxima, absorbiéndolo todo lentamente. La ciudad duerme. Oscuridad y silencio total se ciernen sobre ella. Las estrellas rutilantes e inquietas, como atentos centinelas la observan y velan con incansable celo desde un firmamento que parece alcanzarse con la mano y descansar sobre los esbeltos edificios que el progreso sembró por su extensa superficie.

En tanto, un coche se acerca; lento, con imperceptible sonido hasta detenerse junto al antiguo inmueble donde, desde hace algunos años, tiene

fijada su residencia el comandante Valbuena de Quesada.

Se abre una puerta y la luz interior del vehículo deja ver al comandante en su impecable traje oscuro. Serio, circunstancial y sereno extiende su brazo hacia la guantera. Luego apaga las luces del coche que parecen retirarse nostálgicas. Su esposa cierra con fuerza. Un golpe seco y un sordo chasquido rasgan el silencio como una puñalada hiriendo el aire denso y quieto de la noche.

Un gesto de indignación se refleja en su rostro mientras se aleja del auto con paso firme y arrogante.

Valbuena empuja la puerta con suavidad. Se cerciora de que ha quedado cerrada. Introduce la mano en el bolsillo de su chaqueta y desliza el llavero en él. Levanta la mirada y descubre a su esposa traspasando el umbral de la vivienda.

Apresura el paso intentando alcanzarla; pero ella no se detiene.

Acciona un interruptor a la entrada de la escalera y al instante una luz mortecina la envuelve con su velo transparente y suave. Se oye su pisar rápido y nervioso sobre los desnudos y dormidos peldaños. Detrás, el comandante trata de acortar camino.

Se sitúa a su lado y ambos, continúan la ascensión en silencio. Se oye el sonido de una llave girando en la cerradura. Valbuena detiene su paso

y cede la vez a su señora quien, sin abandonar su aire enojado, se introduce rápida cual si de una carrera se tratara, a desembocar en la habitación matrimonial.

Valbuena cierra tras de sí. Lento, con mucha calma, como hombre de gran tranquilidad que es y; recorre el largo pasillo que le separa del dormitorio. Desde la puerta la observa un instante y admira con tristeza su grácil y elegante silueta que, a oscuras, recortada sobre la ventana e iluminada por la luna que pone en sus perfiles un tono más juvenil sobre el fondo en penumbras de la habitación, mas se le asemeja a una figura arrancada de algún lienzo del Greco que, a la persona intransigente y suspicaz que es su esposa.

«Aún se mantiene joven» —piensa melancólico.

Le habla:

—Cálmate y acuéstate —la sosiega.

Su voz se pierde como un susurro que muere apenas nacido. Desabrocha su chaqueta y se dirige apesadumbrado hacia la cama. Se sienta en ella y enciende un cigarrillo. La llama del encendedor dibuja su rostro en la oscuridad. Han nacido algunas arrugas en su frente. Sus ojos ya no poseen el brillo de otros tiempos. Es el rostro de un hombre doblegado, maduro, experimentado.

La lumbre de su cigarrillo se aviva rojiza con bastante regularidad.

—Acuéstate —vuelve a recomendarla con cariño—. Te conviene relajar. Estás agitada... nerviosa...

—¡Acuéstate tú! ¡Yo no tengo ganas! —su voz posee un tono amargo y ofendido.

—No te excites. Ya pasó todo. Ahora, por favor, recobra la calma.

—¡No ha pasado! ¡Ahora es cuando empieza! —dijo con ímpetu.

—Serénate y no grites tanto, por favor —se levantó—. Vas a despertar a Ana Mari.

—¡Esa no habrá llegado todavía! Se fue a casa de los Ribera.

—No creo que los Ribera aún estén despiertos —se paseaba por la habitación con el cigarrillo en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón—. De todas formas, vas a molestar a los vecinos.

—¡Me importan una mierda los vecinos! —levantó más la voz—. ¡¿Acaso te ha importado a ti dejarme en ridículo delante de todos nuestros conocidos?!

—¡Por favor! —su voz adquiriría un deje de amenaza

—¡No empieces con tus acostumbradas frases de apaciguador! ¡Me están resultando antipáticas! —guardó silencio y luego prosiguió casi con rabia.

—¡Y hoy quiero gritar, chillar, despertar a los vecinos y a todo el mundo, si es preciso!

Valbuena cogió su cigarrillo, a medio consumir, entre el pulgar y el índice; y con una ligera presión lo arrojó hacia la ventana dibujando por encima de su esposa un arco luminoso que se perdió en el descenso.

Ella lo miró con odio.

—¡Un día me vas a quemar con tu estúpida manía!

El comandante sonrió en la oscuridad. Después dijo irónico:

—Estoy pensando que si lo que quieres es gritar podemos coger el coche y nos vamos fuera, al campo. Allí podrás hacerlo hasta quedarte afónica.

—¡Ahora te da por bromear! —sus ojos parecían dos ascuas colmadas de indignación y rebeldía—. ¡¿Te parece bonita la escena que me has preparado?! —respiró hondo. Su pecho se movía agitado como si dentro bullera una fiera acosada—. «Les ruego que la sepan disculpar... Ha bebido demasiado y esta tarde ha pasado cerca de dos horas conversando con la señora de Salinas. Ya conocen ustedes las creencias de esa buena mujer. Mi señora se deja influenciar con extrema facilidad...». ¡Muy bien!, ¡muy bien!

Repetía las frases de su marido como si en ellas encontrara un sedante para sí, y veneno para hacérselas tragar; allí mismo y frente a él, junto al

lecho que todas las noches compartían.

Volvió a inspirar profundamente; ya más sosegada. Y encendió la luz de su mesilla.

— ¡Y el cabeza de momia ese, todavía se atreve a decir, entornando sus ojos de viejo renegado! — al decir esto hizo una graciosa mímica imitando con tanta perfección los gestos del viejo y retirado Teniente Coronel Rodríguez Varela; que Valbuena no pudo disimular una ligera sonrisa al observar a su esposa —: «Querido amigo de Quesada; no deberías permitirle esas relaciones a Rosario. Búsca- cale otra compañía. Que se distraiga sanamente», ¡viejo estúpido! ¡¿Acaso intentaba ofrecerme la suya?! ¡Qué ganas me dieron de escupirle a la cara! — estaba irritada.

Sus manos crispadas en el aire parecían querer estrangular una imagen invisible.

Valbuena esperó a que se calmara.

— Bueno Rosario, ¿quieres que terminemos ya? — se había acercado a ella y la tomó por los hombros.

— ¡Suéltame! — con un brusco movimiento se deshizo de su presión.

— ¡Sabes que no estoy bebida! ¡Nunca lo he estado!

— Pero hay veces que te pones un poco alocada.

— ¡No es verdad! ¡Razono mejor que tú! ¡Y deja

ya de insultar! ¡Es suficiente con las veces que lo has hecho durante toda la velada!

— ¡Eh! ¡Un momento! —el comandante levantó la mano en un gesto amenazador; como si tratara de poner orden—. ¿No querrás insinuar que yo he sido el causante del escándalo?

— Entonces, ¡dime quién otro ha sido!, ¡con tu absurda manía de querer pasar siempre desapercibido! ¡Que nadie tenga nunca, nada que decir de ti! ¡Pues lo has logrado! ¡Bonita faena la que has hecho!

— ¡Por tu culpa! No quiero que me tomen por un hereje. No me gusta que te metas a decir tonterías; y menos que piensen que yo las admito.

— ¡Pues las tendrás que admitir! ¡No pienso renegar de mis creencias!

— ¡Tonterías! —Valbuena se apartó de ella; y con un gesto de fastidio, prosiguió su interrumpido y lento paseo por la habitación.

— Creo que ya conté aquel incidente que me ocurrió el año pasado cuando venía de la playa de El Jadida. Ana Mari estaba radiante: hablaba con entusiasmo, y en sus ojos parecía brillar un fuego oculto que acentuaba la belleza de su rostro y avivaba la gran simpatía que la señora de Ribera sentía por ella.

Lena escuchaba atenta y la miraba con aquella sonrisa de admiración y aire casi ingenuo que la caracterizaba, haciéndola simpática y amigable con cualquier persona.

El señor Ribera; un tanto distanciado del pequeño grupo de mujeres, formado por la hija del comandante Valbuena, su propia hija y su esposa; ésta más como feliz y atenta oyente, complacida con las anécdotas que las dos jóvenes se contaban con gran profusión de detalles, hacía algunas anotaciones en un libro que descansaba sobre sus rodillas.

De vez en cuando dirigía alguna mirada hacia su hijo Jaime que, al otro extremo del salón, leía o estudiaba ensimismado sin retirar la vista del libro que tenía entre las manos.

Andrés Ribera sin duda, sentía cierto deseo de comunicar algo a su hijo; pero, ya fuera por no molestarle o porque éste, nunca demostró sentir gran inclinación por los negocios de la familia, desechaba la idea de inmediato. Tanto el padre como el hijo, eran meticulosos y ordenados; no en tanto en sus opiniones, demostraban tendencias bastantes opuestas.

El Señor Ribera continuaba transcribiendo datos de un borrador que por veces sacaba del bolsillo de su albornoz. Se trataba de una contabilidad que él, particularmente guardaba en casa, anotando a un tiempo alguna que otra opinión o idea acerca

de un determinado cliente. Para este trabajo no le molestaba la conversación de la sala que, por otra parte se mantenía en un tono casi confidencial. Es más, con frecuencia cerraba el libro y entraba a formar parte de la misma.

Era un hombre ameno y altruista. Conocido y apreciado por clientes y amigos. Cordial y condescendiente con todo el mundo. Entre sus íntimos se encontraban varios miembros de la Embajada Española y algunos empresarios con los que mantenía una estrecha relación.

No era persona de costumbres arraigadas. Si se encontraba con sus amigos, rara vez era por coincidencia; sino, debido a algún común acuerdo planificado con anterioridad. Ya fuera para tratar cualquier tema de interés o simplemente para pasar un rato de simple charla. Por eso no era extraño encontrarle en casa. Siempre que sus negocios le dejaran un momento libre, volvía de inmediato al lado de los suyos. Su esposa no era a la que le agradaran mucho las relaciones sociales. Procuraba evitarlas siempre que le era posible y; su marido, conocedor de su carácter hogareño y familiar se había ido amoldando en lo posible a su particular modo de analizar la vida.

A eso se debía que pasara interminables veladas en casa, mayormente solos y, agradablemente juntos, hablando de todo un poco y analizando la situación de sus negocios para los que la señora Ri-

bera parecía tener un tacto especial que su marido apreciaba; y del que trataba de sacar provecho.

Su hijo Jaime paraba poco, y cuando lo hacía se apartaba a un rincón de la sala a leer o estudiar sin apenas participar en las tertulias. Otras veces se recluía en su habitación. Las menos; ya que cierto día y con mucha sutileza, como su madre sabía hacerlo, había hecho notar que para ellos se comportaba como el huésped de la habitación número dos. No hizo comentario alguno pero; aquello le dolió hasta que su hermana se permitió bromear con la graciosa ocurrencia de su madre.

Era hábil conversador una vez que cobraba confianza, pero le costaba mucho romper el hielo inicial; sobre todo con su padre, al que admiraba y no en tanto parecía temer por esa actitud de respeto que demostraba ante él. Obstinados los dos en ese afecto mutuo pero carente de comunicación; ya que, sus conversaciones eran muy escasas y extremadamente breves.

Con su madre era diferente. Se permitía cariñosas bromas que ésta recibía y a las que correspondía con el mayor agradecimiento del mundo. No había sido siempre así. Pero la espontaneidad de su hermana al hacerse mayor, activó alguna fibra sensible en su interior que le hizo cambiar de actitud y dejar atrás aquella aparente timidez que parecía reflejarse en todos sus actos.

Lena en cambio, era cariñosa por naturaleza.

Amigable y generosa. Su sencillez y naturalidad hacían de ella una persona encantadora. Su hermano la adoraba en el más amplio sentido de la palabra. Sus mejores sentimientos y su dedicación y protección más altruistas, eran todos para ella.

Cuando terminaban las vacaciones y debía volver a la península, pasaba malos momentos con la sola idea de no seguir a su lado. Se preocupaba constantemente de sus estudios, mas que por los propios; con el solo deseo de tenerla cuanto antes con él, en Madrid. Y a ella le entusiasmaba sentirse protegida por su hermano.

Ahora, por fin, había llegado ese momento. Y ambos se sentían satisfechos como si hubieran logrado la consecución de un gran objetivo. Por el contrario los señores Ribera, parecían ya añorar la marcha de sus hijos, cuando aún quedaba bastante tiempo para comenzar el curso. Y tanto Lena como Jaime les dedicaban más atención y cariño del que nunca les habían dedicado.

Los señores Ribera estaban en verdad sorprendidos, gratamente sorprendidos del cambio que su hijo había dado en este último verano.

— Pareces otro — le había dicho su madre, mediadas las vacaciones.

— ¿Por qué lo dices? ¿Porque me he cortado el pelo? — bromeo.

— No hijo. Eso nunca nos preocupó, ni a tu padre ni a mí. ¡Ni aunque te pusieras pendientes!

Mira tú lo que son las cosas, tampoco nos hubiera preocupado.—y añadió—. Es por tu comportamiento. No pareces el mismo. ¿O no eres nuestro hijo Jaime?—sonrió poniéndole la mano en un hombro y acercando más su mirada a él; como si tratara de hallar alguna diferencia en su rostro.

Jaime rió abiertamente.

—Señora, ¿cómo lo ha descubierto? —exclamó con jovialidad— Este año vine yo. Para el próximo ya viene su Jaime.

—¡No! Prefiero que vuelva el de éste año. Y así para siempre. ¿Será posible, hijo?

Se inclinó para besar a su madre y darle un fuerte abrazo.

—Confío en que sí, mama.

La conversación de Gloria Ribera con su marido, aunque por los mismos cauces, era más explícita.

—El muchacho se nos ha enamorado.

—No lo creo —contestó de inmediato el señor Ribera.

—¡Dímelo a mí!

Andrés Ribera miró fijamente a su esposa.

—¿Cuándo?, ¿dónde? —quiso saber— Debes de estar engañada. Es el primer verano que no sale de casa; y que acompaña a su hermana a todas partes. Además —añadió—, ¿qué clase de enamoramiento es ese que no se le ve nunca coger el

teléfono? —sonrió con cariño a su esposa— Esta vez, querida, te ha engañado tu intuición.

—Eso crees tú.

—Entonces —abrió ambas manos en señal de súplica—, ¿cómo se explica?

—Muy sencillo —exclamó Gloria, y sonrió más abiertamente, con una ligera picardía en su rostro como quien se siente único conocedor de la verdad absoluta. —No necesita llamarla por teléfono ni salir de casa a verla.

El señor Ribera sufrió un sobresalto y su rostro, adquirió una tonalidad cadavérica. De no hallarse sentado hubiera acabado en el suelo. Gloria se asustó. Corrió hacia él y le rodeó con sus brazos.

—¡Que no es eso! ¡Que no, cariño! Perdona, que no es lo que piensas —con sus manos le acariciaba la cara y trataba de reanimarle.

—Me refería a Ana Mari. A la hija del comandante Valbuena, que está siempre en casa con ellos.

El terrible susto de Andrés Ribera era justificable sin pensar en un posible incesto que, para tan fervientes católicos como ellos, hubiera representado el más denigrante pecado. Pero tampoco lo hubiera sido.

Maria Magdalena, a quien familiarmente llamaban Lena, había heredado el nombre de su madre. Y era, en realidad, sobrina de los señores

Ribera. Estos habían tomado la determinación de adoptarla, aun antes de nacer. En realidad, solo esperaron a conocer el sexo para presentarse en el Registro Civil e inscribirla como hija natural. Fue un proceder brusco y precipitado; pero de común acuerdo con la familia. Menos con la madre; que se hubiera opuesto resueltamente. Fue un intento desesperado por evitar un escándalo; que de otra forma, habría originado una indudable mancha en la reputación de toda la familia. Si Andrés Ribera, que por aquel entonces ya formaba parte de la familia, tuvo que sobornar a alguien, valerse secretamente de alguna íntima amistad o, por otro lado, solo hizo acopio de sangre fría y coraje para hacer lo que hizo, nunca lo dijo ni convenía hacerlo. Sin duda que su esposa, fiel amante y confidencial compañera, las oyó y calló discretamente como requería el caso. Desde el punto de vista legal, este hecho era un atropello. Pero de todas formas, era más humano que el manifestado por otros miembros de la familia. Y que la vergonzosa y triste esperanza que parecían albergar con su inquietud; aunque su silencio pareciera resignación.

El entonces joven matrimonio Ribera, oyendo a unos, y desconfiando de otros, optó por la única solución que pudiera conformar a todos. También a ellos.

— ¡Nunca pensé que en tu familia hubiera individuos tan despiadados! — manifestó a su esposa

con horror— Auténticos criminales.

Y como ella le dirigiera una mirada vacía; y su semblante careciera de expresión, víctima de un estado en que tantas sensaciones extrañas y emociones desconocidas le llegaban a anular el pensamiento; añadió, acercándose más y situándose frente a ella con las manos extendidas y trémulas por la ira.

— ¡¿Pues no llegó tu hermano a pedirle a Rafael que dijera un precio razonable y que la criatura naciera muerta?! —luego, tras un prolongado silencio, comenzó a meditar en voz alta— ¿Pero en qué mundo vivimos? ¿Quién es él, ni quién es Rafael para disponer así de la vida de una inocente criatura, sin culpa alguna de que le hayan abierto las puertas de la existencia sin ella pedirlo? ¿Sabe ella acaso, si es hija del pecado o fruto de un amor profundo o imposible? Ni siquiera nosotros lo sabemos? Con qué derechos nos sentimos para juzgarla? ¡Ni siquiera a la madre!

Miró a su esposa; y como ésta bajara los ojos, que durante todo el tiempo mantuvo fijos en él, avergonzada, aturdida e incapaz de darle una respuesta, Andrés, elevando un poco más los brazos apoyó sus manos sobre los hombros de Gloria presionándolos ligeramente en un gesto de cariño y comprensión, durante breves instantes. Luego dio media vuelta lentamente y volvió a dejarla sumida en su inconsciencia.

«¿Sabes tú si ella realmente ha pecado? —había también observado su marido— O algún sentimiento puro y honesto...». Esta frase especialmente, se había clavado en su cerebro y le martilleaba la conciencia tan insistentemente que llegaba a producirle dolor: «un sentimiento puro y honesto...»

¿No era verdad que se cometían locuras, que se perdía el sentido de la responsabilidad; se ofuscaba todo razonamiento... que una fiebre sorda y enloquecedora, fuerte, impulsiva y vehemente nos atrofia los sentidos y nos impulsa vertiginosamente a ese éxtasis irreflexivo pero dulce y embriagador? ¿Acaso ella no lo sabía? No le había acontecido también? ¿No le continuaba sucediendo y deseaba que se repitiera?

Cierto. Ella tenía marido y a Magdalena no se le conocía novio, ni amante, ni a nadie a quien pedir responsabilidades. Ella se lo llevó a la tumba consigo. Toda tentativa por saberlo, solo sirvió para hacer más obstinado su silencio. Al poco de conocerse el embarazo, fue llevada a una finca que poseían en las afueras de la localidad, con la intención de no permitirle salir hasta el alumbramiento. Mientras tanto, Gloria se hizo pasar por embarazada y se dejó ver con asiduidad por todas partes. Luego se recluyó también en la finca. Rafael Barros era el médico de la familia desde que a ella pertenecía Andrés; y a pesar de la diferencia de

edad, existía entre ellos una gran confianza. como médico de aldea, concienzudo y resignado a su destino, se veía con frecuencia obligado a intervenir casos donde la presencia de un especialista hubiera sido el único proceder indicado. Pero a falta, unas veces de recursos y otras de medios de transporte, su labor se hacía necesaria en casi todos los campos de su sacrificada profesión.

Fue él, quien con la ayuda de Gloria, que asumió las veces de partera, asistió y abrevió el difícil nacimiento de Lena.

—Ya está. ¡Formidable! — exclamó con la criatura en las manos— Debéis sentirnos orgullosos con una niña tan perfecta.

¿Era ironía, un sentimiento sincero, o una expresión convencional que reservaba para semejantes circunstancias? A Gloria ya le parecía haberla oído en otra ocasión. De cualquier manera, la criatura parecía sana y sus contornos graciosos y bonitos atrajeron su atención haciéndola olvidar inmediatamente la presencia de Rafael y las palabras de ánimo y felicitación que éste le dirigiera.

Después de los primeros cuidados, Rafael abandonó la habitación y buscó a Andrés.

—Ha sido muy difícil —confidenció—. Por un momento dudé de conseguirlo. La madre se negó a seguir mis consejos y ayudó a entorpecer mi trabajo —hizo una pausa y encendió un cigarrillo—. Es una bonita niña —prosiguió con calma— Ha

llorado mucho y está fuera de peligro. Pero la madre,... No sé. No sé —repitió y se volvió en torno buscando una silla.

Se sentía cansado. Con el pañuelo continuaba secándose el sudor que le corría por la frente y por el cuello. Se sentó y Andrés continuó de pie a su lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al ver que se prolongaba su silencio.

—Vacía, estrecha... Ya sabes... El mismo caso que con Gloria. Eso hace casi imposible el parto si no se toman las debidas precauciones. Pero el agravante está en que no ha querido tomar la medicación ni seguir mis preceptos. Ha soportado todo el embarazo con descalcificación. Parece que desde el principio estuvo dispuesta a dejarse morir; y no ha estado muy lejos de conseguirlo. Hasta ahora hemos triunfado nosotros. Pero aún no podemos cantar victoria.

Se levantó, puso su mano sobre el hombro de Andrés, y afirmó:

— No me moveré de aquí hasta ver cómo evoluciona.

Luego se apartó de éste y se acercó a la ventana. Miró al campo que empezaba a adquirir tonos grisáceos con la entrada del invierno. Durante unos segundos le pareció haber vivido ya, aquella escena y le invadió cierta melancolía; como cuando de niño, tenía que quedarse encerrado en casa, porque

el mal tiempo no le permitía corretear por la campiña. Ahora de mayor seguía sintiendo las mismas sensaciones. Y siendo el mismo espíritu solitario de siempre. Nunca se decidió a casar, aunque no le faltaran pretendientas. Algunos comentarios decían que lo que más amaba, era su independencia. Otros, que no quería que nadie le obligara a dejar el pueblo; y los más acerbos, que bien casado estaba ya con la señora que le atendía la casa.

Se volvió con lentitud y miró fijamente a Andrés.

—Quiera Dios que no tenga que arrepentirme de haber aceptado vuestra idea. ¡Podríamos ir a la cárcel todos!

—Si lo crees necesario... -se avino Andrés.

—Ya no hay tiempo. Llegaríamos tarde —volvió a sentarse—. Ya que hicimos lo peor, con la ayuda de Dios, esperemos que también nos salga bien lo restante. Luego la inyectaré y veremos cómo evoluciona.

Después de otro breve silencio, preguntó:

—¿Y tú, no te conformas con adoptarla?, ¿sigues con la idea de inscribirla como hija natural?

—Sí —contestó rápido—. Lo tenemos decidido.

Rafael meneó repetidas veces la cabeza:

—Eso me obliga a desear más su recuperación porque en caso de muerte tendría que falsificar el

certificado de óbito.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó ingenuamente Andrés.

—¡Hombre!, ¡no me jodas! —exclamó airado— ¡No voy a certificar una muerte de parto de tu cuñada y al mismo tiempo un parto de tu mujer! ¡Faltaría una criatura!

—Tienes razón, perdona. Ya no sé ni lo que digo. Esto nos ha alterado a todos.

La situación al final se complicó y nada salió según lo previsto. Magdalena fue hospitalizada aquella misma noche y, dos días después, murió.

Rafael respiró tranquilo desde el mismo momento en que fue ingresada, y aceptado su informe como aborto involuntario. Lo que informara en el pueblo como un parto de Gloria; y lo que se comentara a respecto de la muerte de su hermana, eran problemas de la familia y no suyos. El tan solo ofrecía su silencio y era suficiente.

El día de su entierro los comentarios se hicieron eco por toda la aldea: «¡pobre muchacha!, ¡a su edad! Ya su abuelo también tenía una enfermedad así, rara. Y don Rafael... No veáis los tratamientos que no le haría. Amigo del cuñado y sin abandonarla un instante. Dios lo quiere así y no hay remedio. Y la hermana, recién parida y sin haberse recuperado... Creo que también se ha puesto muy mal. Cuitada. No es de extrañar».

En realidad Gloria no estaba enferma, pero

su aspecto tampoco era muy tranquilizador. Las meditaciones a las que se sumía le quitaban el apetito y adelgazaba visiblemente, por lo que se hizo necesario que Rafael la atendiera. Por toda la casa reinaba un aire de complicidad que, hasta el pequeño Jaime sentía al respirar. Y observaba extrañado el pesado silencio de sus mayores. Sólo aquella criatura, aquella huérfana que para el mundo era su hermana, vivía ajena sin percibir aquel misterio en que se veía envuelta.

Como si intentara huir de algo que no comprendía, pero que le producía miedo, el pequeño Jaime se pasaba ratos interminables a su lado. Observándola incansablemente, acariciándola, queriendo jugar con ella, y con suma frecuencia haciéndola llorar. Acercaba el jabón, la toalla, la colonia,... Todo lo que su joven memoria recordaba haber visto hacer a su madre en días anteriores, mientras hacía mil preguntas que Gloria intentaba responder interrumpiendo sus reflexiones y ahogando su llanto.

Las meditaciones de Gloria la dominaban y ocupaban todo su tiempo. La afligía más el pecado de su hermana que su desaparición.

Apenas, estos sentimientos, la dejaban libre para mirar alrededor y comprobar que ya no estaba; que su vacío pairaba como una sombra llenándolo todo. Y que allí, casi siempre a su lado, se encontraba el fruto de su vientre; la carne de su carne.

«Carne y fruto del pecado» Pensaba Gloria.

Cierto día decidió consultar al párroco, y bajo secreto de confesión, mantuvo con él un largo coloquio. Tras el mismo, su semblante adquirió de nuevo aquella expresión dulce y serena que desde algún tiempo atrás había desaparecido de su rostro.

El matrimonio Ribera acordó entonces, que sería conveniente alejarse de la localidad. Alejarse del escenario de algo que; si bien, no se arrepentían de haber hecho, en su conciencia martilleaba como algo que no deseaban volver a recordar. Y necesitaban apartarse de las personas y de las cosas que pudieran de alguna forma influir en su subconsciente. No como un gesto de cobardía ante la duda de no poder afrontar una realidad; sino, porque nada ni nadie les obligaba a hacerlo; y deseaban para su propia tranquilidad cerrar esa etapa de su vida como quien cierra un libro que no desea volver a leer jamás.

Con ese deseo; y alguna coincidencia que oportunamente se cruzó en su camino, adquirió un pequeño negocio en Casablanca que hizo prosperar y año tras año fue ampliando; hasta plantearse en el momento actual, la diversificación de sus inversiones en otros campos, como la hostelería.